

ni vosotros para aceptarlos. La convencion está sitiada por un número considerable de fuerza armada; se ven cañones asestados contra ella; consignas criminales os detienen, á pesar vuestro, á las puertas de este salon; recibis insultos, baldones y toda suerte de ultrajes; se acaban de cargar los fusiles, y ni siquiera es permitido, sin arriesgar la vida, asomarse á las ventanas; pero todavía puedo yo hacer oír mi voz en este recinto. Me aprovecharé de esta ventaja dándoos un consejo digno de vosotros, un consejo que puede salvar la libertad y cubriros de gloria. Osad manejar con vigor el cetro de la ley depositado en vuestras manos, anulad todas las autoridades que esta no reconoce, y no habreis trabajado en vano. Los facciosos se verán abandonados por los buenos ciudadanos á quienes pérfidamente engañan..... Si no teneis tanto valor, ¡adios patria! ¡adios libertad! Veo ya encendida la guerra civil, la veo extender do quier le place sus estragos, y desmenuzar la Francia, dividiéndola en pequeños estados; veo el horrendo monstruo de la dictadura, veo la tiranía, cualquiera que sea el nombre con que se disface, avanzar caminando sobre montones de ruinas y cadáveres, la veo tragaros á todos unos en pos de otros y derrocar la república.»

Pasando luego á las injurias que Chabot acababa de dirigir á Barbaroux, en el momento en que este, inspirado por un noble y sublime sentimiento, declaraba con sinceras protestas cuan

decidido estaba á sacrificarse por su patria, pronuncia el orador la frase siguiente: « Cuando los sacerdotes de la antigüedad conducian las víctimas al altar, las adornaban con flores y no las insultaban. »

Este discurso, que fue muy aplaudido por la mayoría de la convencion, y frecuentemente interrumpido por la grito de las tribunas, reanimó el valor abatido de los diputados, y produjo en algunos de los que se sentaban en la montaña un movimiento de justa indignacion. Apareció entonces la division de opiniones que reinaba entre los miembros de esta parte de la asamblea; unos á otros se echaron en cara sus iniquidades, sus atentados; Cambon los acusó de que estaban sedientos de sangre y miraban con indiferencia cuanto podía salvar la patria.

Desaprobó Marat la medida propuesta por la comision de salud pública, porque se dirigia, dijo él, á proporcionar á los acusados el honor de un generoso rendimiento; concluyó pidiendo su propia suspension y el arresto provisional de los acusados, exceptuando sin embargo á Ducos, Lanthenas y Dusaulx, y agregando á aquellos á Dufriche-Valazé y á Defermon. Muchos diputados pidien con instancia que se les conceda el honor de ser comprendidos en la lista de los acusados. Promete Marat hacer su dimision en el momento que la asamblea haya pronunciado el decreto de prision.

Un gran número de diputados se quejan de nuevo de que no pueden salir del *salon*, y piden al presidente que haga cesar esta *carcelería*. Delacroix, despues de haber bregado violentamente con los centinelas colocados á la puerta, sube muy agitado á la tribuna y dice: « Hemos jurado vivir y morir libres; ¡ea pues! cumplamos este juramento. Declaro á la Francia que la *convencion* no goza de libertad, y que el edificio de sus sesiones se halla sitiado. He preguntado á los inspectores de este local si habian dado la *consigna* que nos tiene encarcelados, y me han respondido negativamente. Pido que se haga comparecer al comandante general para saber quien se ha atrevido á dar semejante consigna. »

« No es propio de esclavos el hacer leyes, dijo Barrere, la Francia entera rechazaria las que se hiciesen en medio de las bayonetas, y ¡qué bayonetas! me dirijo al pueblo á quien se deslumbra y se engaña. La tiranía que aquí nos sitia y acosa, es la de una junta compuesta de hombres sospechosos, de extrangeros por decirlo todo. Ayer dije al maire: se ha cometido un gran crimen, y es obra de la municipalidad; él me ha respondido que era obra de la junta central, en la que habia un Español, llamado *Guzman*, y otros hombres sospechosos. Esta mañana ya no se hallaba *Guzman* en la junta, pero este extrangero no era el único y habia tambien en ella Ingleses. Voy todavía á exponer otros hechos.

« Un banquero de Paris que está en correspondencia con Calonne, acaba de comprar por valor de diez millones de papel sobre el extrangero. Para hacer perder á los asignados y ganar en este papel, era necesario excitar una conmocion: esto es cabalmente lo que se ha hecho.

« ¡Cuán culpables son los que han retardado la partida de los batallones destinados al Vendée, haciéndolos regresar cuando ya estaban en marcha! ¡Cuánto lo son tambien aquellos que en este mismo momento distribuyen á las tropas asignados de cinco libras! »

« Pido que nosotros, que hemos fundado la república el 21 de setiembre, suspendamos nuestra sesion; y si una gran desgracia llegase á suceder, si cualquiera de nosotros fuese atacado, pido que se cierre el templo de las leyes, que corramos á la plaza pública y nos coloquemos en medio del pueblo, el cual, estoy seguro, nos defenderá. »

Por segunda vez pide Delacroix que se mande á la fuerza armada retirarse; que se notifique esta orden á los comandantes de los puestos, y que se haga comparecer en la barra al comandante general. Piden algunos diputados la cabeza del que ha dado la consigna, pero otros desvian la asamblea de la discusion de esta proposicion que fue al principio bastante apoyada. Se presentan los coman-

¹ Se ve en este pasage que la comision de salud pública, de que Barrere era el órgano, sabia que los agentes de las potencias extrangeras hacian el principal papel en esta insurreccion.

dantes de los puestos, y dicen que han dado la misma consigna que ellos mismos han recibido.

Sale Danton y con su voz atronadora dice: «Hay sin duda malvados entre los que violan la seguridad de la representacion nacional; yo seré el que mostraré mas valentía para reprimir los excesos de la demagogia, ó por mejor decir las conmociones excitadas por la aristocracia. Se habia formado el proyecto de apoderarse en el dia de ayer de la comision de salud pública, en la cual se hallaban amagados dos ministros. Juré colocarme con una pistola en la mano á la puerta de esta comision, y no fue atacada. Encargad á la comision de salud pública que descubra esta nueva trama, yo os respondo de que los delincuentes serán castigados.»

Se presenta con el vestido desgarrado Boissy-d'Anglas, que acababa de sufrir insultos y violencias por parte de los soldados que se hallaban de faccion á la puerta de la sala de las sesiones, y prorrumpe en nuevas quejas sobre el estado de vergonzoso cautiverio en que se halla la asamblea. Otros muchos diputados presentan nuevos testimonios de violencias semejantes.

Ningun resultado habian tenido hasta entonces las diferentes proposiciones que se habian hecho; la inquietud y sobre todo la indignacion no permitian á la mayor parte de los diputados hacer alto en ellas. Los mismos que habian favorecido la insurreccion, al ver que esta pasaba mas allá

de los límites que ellos habian fijado, empezaban á temer, y no tenian reparo en manifestar públicamente sus temores. Unos y otros forcejaban por soltarse del lazo en que habian caido.

Toma Bazire la palabra y dice que se han tramado infames conjuraciones, de las cuales se acusa á los funcionarios públicos que no estan hoy en sus puestos; reproduce la proposicion de Barrere, quien sube al punto á la tribuna, y por segunda vez la expone en estos términos: «Estamos perdiendo el tiempo. Pido que cerremos el templo de las leyes, y que nos presentemos en medio del pueblo.»

Esta proposicion produce un movimiento simultáneo en la asamblea, cuyos miembros se levantan sin deliberar y se disponen á salir del local de las sesiones. El presidente, que era entonces Herault de Séchelles, se cubre en señal de angustia y de inminente peligro, y echa á andar el primero; los demas diputados le siguen de dos en dos con la cabeza descubierta.

Luego que hubo llegado el presidente al primer puesto, da orden á los que estaban de faccion de que dejen salir á la representacion nacional; obedecen estos y abren paso formándose en dos filas y echando armas al hombro. Baján al patio el presidente y los diputados, y perciben tropas sobre las armas y cañones asestados contra el vestibulo.

Mas antes de referir los sucesos que resultaron de la salida de la convencion nacional, debo ha-

blar del número y de la intencion de las tropas que sitiaban el local de sus sesiones.

« La convencion, dice uno de sus miembros, se hallaba bloqueada. Ochenta mil hombres que cercaban las Tullerías; ciento y sesenta y tres piezas de artillería, parrillas y carbon para poner rojas las balas; tal era el aparato con que se venia á dictar leyes á la representacion nacional. Se podria creer, al oír esta relacion, que toda la poblacion de Paris se habia armado contra nosotros; mas para deshacer este error, basta decir que de estos ochenta mil hombres los setenta y cinco mil ignoraban con qué fin se les habia hecho tomar las armas, y que lejos de atacarnos nos hubieran defendido; pero con mucha prevision los habia colocado Henriot á tal distancia que les era imposible socorrernos. Puso este en el sitio mas inmediato á nosotros su tropa escogida, y no se hubiera atrevido á introducir otra en el palacio ni en sus dependencias. Separada aquella de la masa de los Parisienses, de un lado por la elevacion del *Pont-Tournant*, y del otro por un cierro de madera que habia entre el Carrousel y el patio dél palacio, resultaban indefectiblemente dos efectos de esta disposicion: el primero era dar al atentado de cuatro ó cinco mil bandidos la apariencia de un movimiento general del pueblo; el segundo era hacer nula la fuerza de este y ponerle en la imposibilidad de oponerse á la empresa¹. »

¹ Mémoires de Meillan représentant du peuple, pág. 53. (Colec.

Cierto es que las tropas mandadas por Henriot, que cercaban inmediatamente el palacio de las Tullerías, y aun penetraron en su interior, que se oponian á que saliesen los diputados, los violentaban y encaraban sus fusiles á los que se asomaban á las ventanas; cierto es, digo, que estas tropas, compuestas de voluntarios retenidos en Paris, y de vagabundos asalariados, de los cuales recibió cada uno ostensiblemente una póliza ó abonaré de cinco libras (veinte reales), presentaban toda la fuerza que habian podido reclutar la municipalidad y los agentes del extranjero de la junta central de insurreccion. Al valuar su número en cuatro á cinco mil hombres, el autor que acabo de citar no anda muy lejos de la verdad, fuera de que el mismo da despues pruebas satisfactorias de la exactitud de esta valuacion.

Despues de esta digresion, que he creído necesaria, vuelvo á tomar el cortado hilo de mi narracion. Llegaron, como he dicho, los miembros de la asamblea al patio de las Tullerías, y se adelantaron hácia la puerta que daba á la plaza del Carrousel. Los que iban á la cabeza de la primera columna percibieron bien pronto que esta puerta estaba defendida con muchas piezas de artillería y por una porcion de militares, entre los cuales se distinguia á caballo el famoso Henriot, comandante general interino.

Al ver este obstáculo, pide el presidente que se deje libre el paso, lo cual dió ocasion á un diálo-

go entre él y el comandante general, que pocas personas han oido¹. Voy á presentar la parte de este diálogo que he podido recoger de las relaciones de diferentes diputados, que se hallaban en situacion de ver y oír bien.

Se intima al comandante que deje libre el paso, y se le grita al mismo tiempo: « Descubrios, ved al presidente de la convencion. » Henriot echa algunos juramentos y dice: « No me descubriré; no tengo ya porque guardar ningun miramiento; me han faltado á la palabra; no tendré consideracion con ellos. » Leyó entonces el presidente el decreto que prescribe que se muden las consignas. Henriot no responde sino con amenazas: « La fuerza armada, dice, no se retirará sino cuando la convencion haya entregado al pueblo los diputados denunciados por la municipalidad: nadie saldrá. » El presidente ordena á los soldados, en nombre de la ley, que arresten á este rebelde; el diputa-

¹ Yo estaba bastante cerca para ver la accion de los interlocutores, pero no para oírlos. Meillan en sus memorias refiere este diálogo, que él no ha oido, y dice que fue como sigue: « ¿Qué pide el pueblo? dijo el presidente; la convencion no se ha ocupado mas que en sus intereses y en su felicidad. El pueblo, responde Henriot, no se ha levantado para oír frases, sino para dar sus órdenes soberanas; necesita víctimas; quiere que se le entreguen treinta y cuatro delincuentes. — ¡Victimas! » exclaman los que acompañan al presidente, *todos nosotros lo seremos*. Al oír estas palabras, da Henriot cuatro pasos hácia atras y grita: *¡A las armas!* Al punto avanzan sus satélites, unos sable en mano, otros á bayoneta calada, haciendo la puntería á los diputados, pero sin disparar ni tocarles; al mismo tiempo disponen los artilleros seis piezas de campaña para asestarlas contra nosotros. » (Mémoires de Meillan, pag. 58, 59.)

do Delacroix toma su pistola y amenaza con ella á Henriot; hace este cejar á su caballo algunos pasos y grita: *¡A las armas! artilleros á vuestras piezas!* El estado mayor, que se hallaba á caballo, hace entonces un movimiento; se ven los sables desenvainados, avanza uno sobre la columna de la convencion, pero es detenido por un particular que le coge el caballo por la brida; algunos fusileros encaran sus armas á los diputados; se oyen gritos amenazadores.

Convencido el presidente de que el paso no estaba libre por esta puerta, da vuelta sobre la izquierda, y se dirige á otra salida situada al norte del patio; se hace allí la misma intimacion y se encuentra la misma resistencia. Se replega la columna de los diputados, vuelve debajo del vestíbulo de las Tullerías, baja al jardin y se encamina á la puerta situada casi enfrente del Puente-Real, donde hubo el mismo requerimiento y la misma denegacion. Sin insistir en él, conduce el presidente su columna á lo largo del terraplen ó paseo levantado, que se halla por la parte del Sena, hasta la puerta del Pont-Tournant, la cual da á la plaza de Luis XV. Las tropas que se hallaban en ella contraponen su consigna á las órdenes del presidente, y se niegan constantemente á abrir paso.

Mientras arengaba el presidente á los oficiales de este puesto para obtener la libertad de salir, y esperaba la convencion cerca del estanque grande las resultas de este paso, se oyeron gritos, y se vió

llegar aceleradamente por entre los árboles del jardín á Marat escoltado de unos cincuenta hombres cubiertos de andrajos, y que parecian recién escapados de Bicêtre¹. Al acercarse Marat á los diputados, les dice en alta voz y con un tono imperativo y dominante: «Mandatarios del pueblo, os requiero en nombre de este que volvais á vuestros puestos á continuar el desempeño de vuestras funciones.»

Después de haber solicitado en vano de puerta en puerta su libertad, quedó la convencion plenamente convencida de que se hallaba presa; y aturdida al ver frustrados todos sus intentos, obedeció con docilidad las órdenes de Marat, y echando á andar por entre dos filas de bayonetas y de picas, se restituyó á su puesto, es decir, á su prision. No bien hubo entrado cuando una porcion de voluntarios se apoderaron de las avenidas del salon, y de nuevo encerraron en él á los diputados. Entonces fue cuando Couthon tuvo la impudencia de decir: «La asamblea por el paso que acaba de dar se ha convencido al fin de que goza de una completa libertad.»

Después de haber proferido una asercion tan ridícula, puesto que era demasiado evidente su falsedad, pide Couthon que sean puestos en la Abadía en calidad de arrestados los veintidos miem-

¹ Bicêtre es un hospicio situado á menos de una legua de Paris, que en otro tiempo estaba únicamente destinado á recoger los mendigos y vagabundos, y hoy sirve además de casa de locos, y de asilo á los pobres enfermos ó septuagenarios. (N. del t.)

bros denunciados, como asimismo los que forman la comision de los doce; mas conformándose con el voto de Marat, pide sean exceptuados de esta pena Ducos, Lanthenas, y Dusaulx, agregando á los proscriptos á Louvet, Valazé, y á los ministros Claviere y Lebrun. Estas proposiciones excitaron una oposicion tan viva y acalorada que su autor dió muestras de asustarse, y procuró mitigar la efervescencia de los ánimos haciendo modificaciones en ellas. Pidió que los diputados denunciados, á excepcion de Ducos, Lanthenas, y Dusaulx, fuesen arrestados en sus casas, y que aquellos que han ofrecido su dimision tuviesen por cárcel la ciudad de Paris.

Esta última proposicion, convertida en una minuta de decreto, fue atropelladamente puesta á votacion, y aunque la mayoría rehusó tomar parte en ella, el presidente declaró que estaba dado el decreto; su tenor es el siguiente:

«La convencion nacional decreta que los diputados miembros suyos, cuyos nombres se expresarán á continuacion, serán puestos en calidad de arrestados en sus propias casas, y que permanecerán en ellas bajo la salvaguardia del pueblo frances y de la convencion nacional, como asimismo de la lealtad de los ciudadanos de Paris. Los nombres de los dichos diputados son los siguientes: Gensonné, Guadet, Brissot, Gorsas, Pétion, Vergniaud, Salle, Barbaroux, Chambon, Buzot, Birotteau, Lidon, Rabaut-Saint-Etienne,

Lasource, Lanjuinais, Grangeneuve, Lehardi, Lesage, del departamento de Eura-y-Loira, Louvet, del de Loiret, Valazé, Claviere, ministro de las contribuciones públicas, y Lebrun, ministro de negocios extranjeros. A cuyos nombres se deben agregar los de los miembros de la comision de los doce, á excepcion de los que entre ellos fueron de voto contrario á los decretos de arresto expedidos por la misma. Los nombres de los primeros son: Kervelegan, Gardien, Rabaut-SaintEtienne, Boileau, Bertrand, Vigée, Mollevault, Enrique Lariviere, Gomaire, Bergoeing; los otros dos exceptuados son Fonfrède y Saint-Martin.»

Apenas se pronuncia este decreto cuando un gran número de diputados se llegan á la mesa de los secretarios á reclamar contra él, y firman diferentes declaraciones, todas acordes en desaprobarle, y en protestar que no han tomado parte en la deliberacion; pero sus protestas fueron del todo infructuosas, pues ya no se observaba ninguna regla, y todos los actos y acuerdos de esta asamblea presa llevaban consigo el sello de la violencia y de una patente nulidad.

En virtud de la observacion que hizo un diputado de que la suspension, que espontáneamente habian ofrecido Isnard y Fauchet, merecia que se tuviese alguna consideracion con ellos, se hizo la peticion de que no fuesen puestos en calidad de arrestados, sino que únicamente se les prohibiese salir de la ciudad de Paris, y asi se decretó.

Poco seguros los conspiradores del éxito de su empresa, tenian un grande interes en convencer al público de la necesidad del golpe que acababan de dar á la mayoría de la convencion; pero por desgracia suya carecian de pruebas que pudiesen producir esta conviccion, y para salir de este apuro recurrieron á las maniobras siguientes.

Pocas horas antes de darse el decreto fatal, hizo la junta revolucionaria de la municipalidad fijar en todas las calles de Paris un cartel que decia que *se habia salvado la patria*, y que *la felicidad de los Franceses iba á empezar*.

Un particular, colocado en una tribuna inmediata á la del presidente de la convencion, tomándose la libertad de levantar la voz, tuvo la impudencia de decir: *Yo soy diputado de todo el pueblo del departamento de Paris, el cual me encarga que os diga que el decreto que acabais de dar ha salvado la patria*.

¿De qué modo, habia podido este hombre recoger los votos de *todo el pueblo* del departamento sobre un decreto que acababa de darse en aquel mismo instante?

Los señores Laugier, Loys y Denoux dirigieron al presidente de la convencion una carta en nombre *de todo el pueblo*, en que dicen que el decreto dado contra los diputados denunciados *salva la patria*, y ofrecen sus personas para que sirvan de rehenes á los miembros arrestados. Estos medios groseros, que los conjurados habian ima-

ginado atropelladamente para mitigar la indignacion y captar la benevolencia del público, prueban la turbacion y el miedo de que se hallaban poseidos, y la priesa que se daban para precaver el castigo de sus crímenes.

Despues de haber sufrido un sitio de doce horas, levantó la asamblea convencional su sesion á las diez de la noche; pero sus miembros que se hallaban exhaustos de fuerzas á consecuencia de tanto traqueo, de tantos obstáculos y disgustos, no pudieron salir hasta que se alzó la consigna, hasta que plugo á la municipalidad comunicar sus órdenes á fin de que se pusiese en libertad la representacion nacional. Esta dificultad de salir y este permiso de la municipalidad pueden probar suficientemente el estado de cautiverio á que habian reducido los conspiradores á la convencion, y la nulidad de sus deliberaciones.

En la sesion del 3 de junio el diputado Gregoire alzó denodadamente el grito contra los insultos y ultrajes que habia sufrido la representacion nacional en la sesion del dia anterior, y pidió que se hiciese mencion de esto en el acta, para que los departamentos pudiesen juzgar si la asamblea tenia libertad cuando decretó el arresto de muchos de sus miembros.

En la misma sesion se leyó una carta que Lanjuinais, uno de los diputados proscritos, dirigia á la convencion: « Me acaban de arrestar en mi casa..... Mi guardia es un gendarma; hubiera po-

dido huir y libertarme de la opresion; pero ¡ lejos de mí semejante pensamiento! Con el valor que inspira la inocencia lucharé con mis calumniadores. Habeis cedido ayer á la imperiosa necesidad; os doy las gracias, porque con vuestra condescendencia quizá habeis impedido atentados de mas consideracion..... Mas ahora os conjuro en nombre de la patria que volvais á entrar en la senda de la justicia y de la dignidad, cual conviene al pueblo magnánimo que representais; apresuraos á sufocar los fermentos de la guerra civil que algunos facciosos han preparado para resucitar la tiranía; que sepan los departamentos casi al mismo tiempo el arresto y la libertad de sus representantes; que la junta de salud pública, despues de haber comunicado á los detenidos los hechos que se les imputan y que no han sido hasta ahora articulados, os presente un informe en que cite ante la ley á los traidores, si hubiese alguno entre vuestros colegas, y haga triunfar y resplandecer la inocencia de los demas. »

Tambien escribieron á la convencion Barbaroux y Vergniaud para participarle que se hallaban arrestados en sus casas, y que se sometian al decreto. La asamblea mandó pasar á la comision de salud pública estas cartas para que examinase las proposiciones que contenian.

Por el contexto de estas cartas se puede conjeturar que los diputados arrestados creian que su proscricion no era mas que momentánea; que el

decreto no seria ejecutado con rigor; que la convencion, gozando ya de la libertad que tuvo antes, anularia lo que se le habia exigido por medio de la fuerza, y que los conjurados, bien pronto confundidos, recibirian el condigno castigo de sus crímenes. Si tales fueron sus cálculos y sus esperanzas, no tardaron en experimentar cuanto se engañaron en aquellos, y cuan fallidas salieron estas. La faccion, fuertemente apoyada por el extranjero, lejos de renunciar á las ventajas que le daban sus triunfos, no aspiraba mas que á multiplicar estos, á aumentar el número de los proscriptos, á devorar la presa que tenia en las garras, y á coger y devorar otras muchas.

Esta faccion dejó á los diputados proscriptos el papel mas bello y el mas propio á captar la benevolencia pública, que es el de inocentes perseguidos, y ellos le ejecutaron con un valor y una dignidad que los llenó de gloria; se reservó ella para sí el odioso papel de perseguidor, que desempeñó con un encarnizamiento y un furor que iba en progresivo aumento. No tardó en convertirse el decreto de arresto del 2 de junio en un decreto de muerte, ni en aumentarse el número de los diputados proscriptos á tal punto que la minoría adquirió la fuerza de la mayoría.

Este decreto del 2 de junio, aunque arrancado con violencia y por consiguiente nulo desde su origen, tuvo las mas funestas consecuencias. La faccion que le arrancó, cediendo al impulso que

recibia de nuestros enemigos, fue el azote de los Franceses de todas clases y opiniones.

Este decreto rompió todos los diques, y torrentes de crímenes, de calamidades é infortunios inundaron todo el suelo de la Francia. Él fue el que abrió el camino al *régimen del terror*, régimen de prisiones, de cadalsos, de ruinas, de perseguidores y perseguidos, de verdugos y víctimas; régimen que hizo á la revolucion cambiar enteramente de objeto, alteró y trastornó sus principios, y satisfizo los votos impíos de los enemigos que deseaban hacerla odiosa é insoportable. ¡Cuántos atentados contra la moral, la propiedad y la libertad individual, no se cometieron bajo este régimen espantoso! ¡Cuántas lágrimas, cuanta sangre no se derramó durante esta larga tragedia, cuya primera jornada fue el 2 de junio!